



SANTIAGO SANS, «Teatro. Galatea...», a *Destino*, 5-II-1972.

Javier Fàbregas ha escrit que «per a Josep M. de Sagarra el teatre significà un *modus vivendi* molt estimable i no va semblar disposat a sacrificar-lo per unes fites que, sens dubte, li degueren semblar discutibles, qui sap si inabastables. No vull pas questionar [sic] la seva decisió; em limito, però, a constatar un fet que repercutí en la història de la nostra literatura i del nostre teatre». Si cito aquí estas palabras de Fàbregas es porque las considero reveladoras, y más viniendo como vienen de una de las personas que más a fondo conoce el reciente pasado de nuestro teatro. La, digamos, responsabilidad de Sagarra en el depauperado estado actual del teatro catalán es algo que posiblemente podremos establecer en su justa medida dentro de unos años, pero es indudable que parte de esta responsabilidad existe. Entre las nuevas generaciones son muchos los que acusan a Sagarra de acomodarse a la sensiblería de cierto público, de no atreverse a correr el riesgo de significar la escena catalana, cosa que a buen seguro pudo estar en sus manos y que siempre hubiera

ayudado lo suyo a quienes vendrían detrás. Pero no fue así y Sagarra se quedó en una especie de héroe popular de estos que gozan de gran reconocimiento en vida pero que quedan pequeños y difusos en cualquier historia rigurosa de cualquier dramática mínimamente válida. Creo que reconocer esto no debería suponer demasiado esfuerzo ni contrariedad para nadie, si queremos deslindar los valores de la persona —del amigo, del sagaz periodista, del hábil versificador— de los del dramaturgo.

Pero ocurre que nuestra pequeñez localista quiere enorgullecerse de sí misma y —para ello— necesita de héroes, de figuras que habrá que sacar de donde sea, aún a costa de hincharlas y desorbitarlas. Y así, como por arte de magia y con toda una serie de abrumadoras explicaciones que suenan demasiado a justificación, nos hemos sacado de la manga un Sagarra «europeo» y lo hemos plantado, nada menos, que en el barcelonés Teatro Nacional, único teatro subvencionado de la ciudad, al que —a costa de resignación y esperas que ya se van haciendo imposibles— le estamos perdonando demasiadas cosas.

Sí, un Sagarra «europeo»: *Galatea*, nuevo montaje, nuevo despilfarro sin otro sentido que el de «darse tono», de

nuestro Teatro Nacional (y perdón, lector amigo, por lo de nuestro), en esta nueva e incierta etapa que emprende con sede en el Moratín. El que la obra corresponda a la época parisina del autor, el que con ella quisiera éste escribir un teatro «més d'acord amb el clima espiritual del nostre temps...», no quiere decir que nos encontremos ante una buena obra, ni mucho menos ante un texto válido para uso de un teatro subvencionado con objetivos —sobre el papel— mucho más *difíciles* y ambiciosos que los de cumplir como parche ridículamente culto. *Galatea*, si bien opera sobre un marco vagamente existencialista (propio de un mundo hundido en la incertidumbre de la posguerra), lo hace por los caminos de la sensiblería y no del análisis lúcido. Y siento, con esto, haberlo dicho ya casi todo. Casi, porque mejor ya no hablar de los diálogos, largos y cargados de «frases», de un retoricismo irrisorio, del todo prestigiado y —casi, casi— insultante. Pero todo ello no ha sido obstáculo para que, tratando de justificar la cosa, se hablara de Sartre, de Camus, de Kafka y hasta de Ibsen. Y, tranquilas así las conciencias, se acometiera el montaje de esta *Galatea* que si tiene un interés para el estudioso como discreto intento de aportación catalana a una corriente

dramática universal, no se aguanta en la escena moderna por muchos disfraces «engaña-bobos» que se le pongan.

Y de esto se trata precisamente, de un disfraz «engaña-bobos», el montaje realizado por la compañía titular «Àngel Guimerà». Aunque, y antes que nada, cabe decir que el trabajo realizado por todo el equipo es de una corrección y profesionalidad altamente estimables. Corrección bastante aséptica a ratos, es cierto, pero corrección a fin de cuentas. La contenida interpretación de todos los actores tiene un sentido de la medida que hay que agradecer y que —lo sabemos ya de tiempo— acostumbra a ser apreciable peculiaridad (aunque generalmente la cosa se quede aquí) en los actores que trabajan a las órdenes de Ricard Salvat. Pero aparte de esta contención, la dirección parece haber dado a los actores poca cosa más que *posiciones*, gravadas éstas por la abusiva literatura del texto, que no ha podido romperse ni con la ocasional presencia épica del coro ni con el intento de concebir un tanto acrobáticamente (y a mi entender demasiado poco) el personaje de Jeremías. Pero lo más destacado del montaje es la escenografía de Yago Pericot, *funda* novedosa y un algo espectacular —aunque limpia y, según la luz, sugerente—

a la que parece reducirse todo el cacareado afán de replanteamiento de la obra. Afán, en consecuencia, insuficiente, dejado al azar de una escenografía-*funda*, distinta (sólo *distinta*, que no *contraria*) a la clásica y vieja escenografía decorativa, pero tan limitada como ésta si entendemos que —en el *todo* del montaje— no hace otra cosa, una vez facilitada la presencia del coro, que andar por su cuenta, que *decorar* por su cuenta. La cosa se nos queda pues en disfraz falsamente modernizador, único recurso de la dirección que lógicamente, por único y desligado de los demás, no consigue —si es que acaso era posible— dar a la anécdota una dimensión válida para el espectador de hoy.

Pero en fin, no se piense que con este comentario intento negar la funcionalidad del teatro subvencionado como posible replanteador de textos clásicos. Al contrario, es éste —está claro— un trabajo muy necesario. Pero siempre que opere con valores auténticos (no con nimiedades hinchadas) y que, por supuesto, la «[o]peración» nos resulte útil. Creo de verdad que tanto lo que se hizo el pasado con *La filla del mar* como ahora con *Galatea*, en nada —pompas aparte— sirve a la escena catalana. Y



queda sólo la pregunta: ¿Es Salvat el responsable de todo esto? Pienso que lo debe ser en una pequeña parte, pero lo grave es que lo acepta, y su dedicación al teatro catalán se tambalea, y su público —decepcionado y harto de justificaciones— se dispersa. El triste caso es que el posibilismo, o no sabe jugarlo Salvat, o es imposible en este asunto.